

La nostalgia por otra política o, por lo menos, otra ciencia política.

Ricardo A. yocelvezky R.
Departamento de Política y Cultura,
UAM-Xochimilco.

1. Introducción.

El título de este trabajo no se refiere a una política perdida y hoy añorada. Más bien se trata, como en muchos casos, de una nostalgia que no idealiza un pasado que nunca existió sino, simplemente, intenta comprenderlo como generador de la situación presente.. En América Latina existe una aspiración a una política democrática de la cual muy pocos países y por períodos más bien cortos pueden decir tener un recuerdo. Sin embargo, los discursos acerca de la política democrática abundan tanto en el campo académico como en el de la lucha política práctica, es decir el campo de la lucha por el poder y los puestos de mando en las instituciones políticas.

Del consenso acerca de que la democracia es deseable, se pasa al consenso de que es posible y, en la situación actual en que casi todos los países de América Latina se consideran democráticos, la discusión es acerca de qué tipo de democracia es esta y qué amenazas se ciernen sobre ella.

En el campo académico las posiciones se dividen, con mayor o menor radicalidad, a favor o en contra de lo existente. Las posiciones críticas de lo que hoy existe se debaten en la búsqueda de alternativas viables y, en su afán por no perder el tren de la práctica, se adhieren a lo que hay o bien a alternativas emergentes, todo esto de manera más o menos acrítica. Lo que sigue no busca quedar bien con nadie ni con ninguna de las posiciones más frecuentemente encontradas tanto en el campo de la discusión académica como en los comentarios del periodismo especializado.

Quizás la condición de extranjero, que ejerzo hace ya algunas décadas, y las limitaciones que ella impone, hace que, en compensación, pueda uno adoptar la irresponsable posición crítica que no se deja extorsionar por ningún llamado de la práctica y los supuestos deberes morales asociados.

2. Celebración de la democracia en América Latina.

La década de los noventas del siglo pasado asistió a una celebración permanente del logro que significaba que casi todos los países de América latina contaran con gobiernos elegidos. Al mismo tiempo, parecía que América Latina podría jugar un papel

más independiente de la fatalidad americana, buscando vincularse comercial y productivamente tanto a Europa como a los países asiáticos (principalmente Japón). De modo que la democratización de los países de la región aparecía como parte de un nuevo comienzo, de una nueva era, luego de una “década perdida” para el desarrollo.

Un símbolo de todo esto fue la Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, convocada por el gobierno de México y reunida en Guadalajara en Julio de 1991. Sólo Cuba y Haití no tenían gobiernos elegidos en ese momento. Eso llevó el entusiasmo al punto de afirmar que “nunca América había sido tan democrática”.

Por contraste, en la década de los noventa tuvieron lugar hechos y procesos que deberían haber atemperado ese entusiasmo. En primer lugar la disonancia entre democracia electoral y creciente pobreza y desigualdad en la región y en segundo lugar la calidad del liderazgo político.

Sin embargo, otros desarrollos ocuparon el primer plano en esos años. Por una parte, la competencia por la hegemonía comercial en la región hizo que se convocara a “Cumbres de las Américas” en las que, aparentemente, las principales diferencias eran la presencia de Estados Unidos, la ausencia de Cuba y los países europeos presentes en las otras reuniones en calidad de ex - potencias coloniales, España y Portugal. En estas últimas fue promovida, primero, motivo de controversia escandalosa a continuación y finalmente objeto de piadoso olvido, la iniciativa de crear un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

Acerca de la creciente desigualdad en América Latina no es necesario abundar. Existe consenso entre los expertos de todas las disciplinas y de todos los organismos internacionales que América latina es la región con mayores niveles de desigualdad en el mundo. Esto podría parecer contradictorio con los éxitos que se adjudican los gobiernos en las diferentes luchas contra la pobreza, sin embargo la concentración del ingreso y la resonancia que la acumulación de fortunas personales alcanza en los medios de comunicación muestran que la pobreza puede disminuir y la desigualdad aumentar al mismo tiempo.

Muchos años después, sólo en 2004, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, plantea uno de los problemas que hemos señalado aquí:

“...al tiempo que las latinoamericanas y los latinoamericanos consolidan sus derechos políticos, se enfrentan a altos niveles de pobreza y a la desigualdad más alta del mundo”¹

La calidad del liderazgo en los países de América Latina merece una consideración detenida. Una buena indicación de lo que considero necesario remarcar surge de una consideración acerca de aquella celebración de la democracia a la que me he referido más arriba, la Primera Cumbre, celebrada en Guadalajara en 1991. De los 21 países representados en esa reunión por 23 jefes de estado y de gobierno, a lo menos 7 han sido llevados a los tribunales por delitos que no se puede considerar como motivados ideológicamente. Algunos han estado en la cárcel o han sido destituidos y proscritos (lo cual no impide que algunos de ellos vuelvan a la política y conserven popularidad).²

Este último dato, la persistencia de la popularidad (o la vigencia de su actividad como políticos profesionales) de algunos de estos líderes (y otros asistentes a esa reunión de 1991 que no han sido acusados de delitos pero han sido cuestionados en otros términos) plantea preguntas que los politólogos deberían hacerse pero no parecen interesarles mayormente.

Las respuestas a las preguntas que se plantean a partir de la situación descrita son calificaciones morales que afectan sólo a los individuos. Sin embargo, habría que plantear también que no puede ser casualidad la frecuencia de aparición de estos tipos de personalidad en la competencia democrática por el poder político. ¿Qué estructuras sociales y culturales producen este tipo de líderes? No se trata de un fenómeno exclusivamente latinoamericano³, obviamente, pero sí cabría considerar sus especificidades en la región. Una de las estructuras que permite este tipo de liderazgo es la de los medios de comunicación de masas, especialmente los electrónicos y en particular la televisión. Sin embargo, esto es parte de un fenómeno global que no parece encontrar alternativas claras y aceptables para los poderes en presencia.

¹ PNUD: La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos, p.24.

² Los presidentes acusados fueron: Carlos Menem, Jaime Paz Zamora, Fernando Collor de Mello, Rafael Ángel Calderón Fournier, Jorge Serrano Elías, Alberto Fujimori, Carlos Andrés Pérez. No todos fueron condenados. Ninguno de ellos es miembro del Club de Madrid.

³ Un caso europeo es el de Berlusconi.

3. La preocupación por la calidad de la democracia.

Esta es una cuestión nueva para América Latina. En particular para la ciencia política tal como se implantó en nuestros países en la segunda mitad del siglo pasado. En su origen, como la sociología y las otras disciplinas de ciencias sociales, la ciencia política arribó a las universidades latinoamericanas después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

Como el conjunto de conocimientos asociados, su tema eje era el desarrollo nacional. Esta idea, promovida dentro de la reestructuración del mundo a partir de la situación al fin de la guerra, estaba determinada por otros procesos globales, como la descolonización de lo que se llamó luego el tercer mundo, que si bien no incluía a las ex - colonias españolas y portuguesas de América, sí incluyó al Caribe anglófono. La formación de los politólogos latinoamericanos tuvo como primera fuente el paradigma asociado a los problemas del desarrollo económico, dentro del cual América Latina se distinguió por hacer contribuciones originales, que diferenciaron a la región dentro del conglomerado tercermundista. Estas contribuciones, reconocidas generalmente, están encarnadas en el pensamiento originado en la Comisión Económica Para América Latina (más tarde “y el Caribe”) la CEPAL y su más importante líder intelectual, el economista argentino Raúl Prebisch, en primer lugar, y en segundo por una forma plural de crítica y búsqueda de alternativas ideológicas y programáticas a ese pensamiento, originada en la evaluación de los resultados de la aplicación de las ideas de la CEPAL en los distintos países y en la Revolución Cubana de 1959, que llegó a ser conocido como “Teorías de la Dependencia”.

Es importante notar que en ambas formas de conceptualizar los problemas de los países de la región la democracia no era un tema prioritario. Por razones distintas, en el pensamiento de la CEPAL y entre los teóricos de la dependencia, la democracia no parecía un objeto importante. Para la CEPAL, en primer lugar, como organismo internacional, su misma existencia y funcionamiento estaban subordinados al apoyo o, al menos aceptación de los gobiernos de los países miembros. Esto hacía que sus ideas fueran promovidas en presentación técnica, no política. Es verdad que, en conjunto, los planteamientos de la CEPAL conformaban un proyecto nacional que fue difundido exitosamente entre las elites políticas e intelectuales de América Latina, tanto del gobierno como de la oposición. Sin embargo, parte de su éxito ideológico se debió a que no se cuestionaba ningún régimen político. El acento estaba puesto en los

requerimientos de “estabilidad” política como condición del desarrollo económico y social.

Para los críticos que produjeron las varias versiones de teorías de la dependencia, en general, el problema político era la revolución, suponiendo que el resultado de ella en términos políticos no podía sino ser democrático. La alternativa a la revolución cubana que primero contó con el apoyo de los Estados Unidos fue la “Revolución en Libertad” de la democracia Cristiana chilena entre 1964 y 1970. Pero cuando este intento fue reemplazado por la “Vía chilena al Socialismo”, la factibilidad de este último se argumentó en función de la “excepcionalidad democrática” que representaba Chile en la región.

La democracia como tema de la ciencia política en América Latina apareció con fuerza en la década de los setenta, en presencia de las dictaduras militares que cubrieron casi toda la región, y con más fuerza en los ochenta, cuando el tema pasó a ser el de los “procesos de democratización” o “transiciones a la democracia”. Este cambio temático fue acompañado de un cambio muy radical en el paradigma general de las ciencias sociales. En lo fundamental, este cambio implicó la separación y el aislamiento de cada disciplina de ciencias sociales. De este modo, la democracia apareció como algo independiente del desarrollo económico.

La definición del régimen político se planteó explícitamente como algo ajeno a las reivindicaciones sociales de cualquier tipo que estas fueran, en tanto los procesos de democratización eran negociados con los dictadores y sus funcionarios e ideólogos al margen de los movimientos sociales que habían producido su debilitamiento e inminente reemplazo.

En todo esto es muy importante el papel jugado por los intelectuales, especialmente sociólogos y politólogos, que quedaron en un campo ambiguo entre la política práctica y la ciencia social académica. Los contingentes de científicos sociales formados a partir de la década de los sesenta fueron actores y observadores a la vez, tanto de las dictaduras como de su reemplazo por los nuevos regímenes democráticos. Es por eso que es necesario incorporarlos en la visión de los procesos que condujeron a la situación actual.

4. Análisis de los procesos de democratización.

Aún cuando cada caso de democratización es particular, las transiciones desde regímenes autoritarios fueron objeto de discusiones que generaron un campo

especializado en el que se llegó a hablar de la “transitología”. En este campo, la obra clásica es la compilación de O’Donell, Schmitter y Whitehead, que se ocupa, primero, de las transiciones en Europa del sur, desde Italia después de Mussolini hasta España, Portugal Grecia y Turquía, casos que a finales de los setentas pasaron, con la excepción de Turquía a formar parte de Unión Europea (en ese tiempo sólo Comunidad Europea) para luego estudiar los casos latinoamericanos como Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México, Perú, Uruguay y Venezuela con el fin de establecer comparaciones que buscan generar un marco analítico de estos procesos a partir de generalizaciones empíricas que puedan surgir de los casos estudiados.

El proyecto mismo del cual resulta esta obra es un ejemplo de la relación entre las ciencias sociales y los actores políticos: éste se originó con el auspicio del Programa Latinoamericano del Centro Internacional Woodrow Wilson de Investigadores como una serie de encuentros y conferencias que tuvieron lugar entre 1979 y 1981. Todos los capítulos de los cuatro volúmenes fueron originalmente artículos solicitados para algún congreso del Centro Woodrow Wilson.⁴

El interés del gobierno de los Estados Unidos en influir en estos procesos es bastante obvio y el apoyo que brindó a sectores escogidos de las comunidades de científicos sociales en los países bajo dictaduras militares en América Latina es innegable. Lo que no es tan obvio es la evolución de los científicos sociales latinoamericanos beneficiarios de estos apoyos.

Por una parte, existe la condena moral, en un extremo, que entiende toda esta evolución como una suerte de traición o venta de conciencia por parte de los latinoamericanos:

“La transformación de los intelectuales latinoamericanos se centra en su incorporación como funcionarios de investigación a centros de estudio que dependen del financiamiento externo. Su trabajo les exige suministrar información que sus benefactores no obtendrían de otro modo y, lo que es aún más importante, hacer circular e implantar las ideas y conceptos aceptables para sus benefactores como ideología dominante dentro de la clase política”.⁵

Más adelante, el mismo autor se ocupa de criticar el modelo organizativo en el que tendría lugar esta metamorfosis, la proliferación de Organizaciones No –

⁴ Tomado del prefacio que se reproduce en los cuatro volúmenes de la obra en referencia, Transiciones desde un gobierno autoritario.

⁵ Petras, James: “La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos.” Reproducido en La Jornada, México, D. F., 4 de enero de 1989, tomado de la revista *Brecha* de Montevideo.

Gubernamentales (ONGs).⁶ Hay que reconocer que los campos problemáticos definidos por Petras eran y son relevantes para nuestra discusión. Sin embargo, la condena moral no explica el proceso ideológico y, menos aún constituye una explicación sociológica satisfactoria de los cambios observados en la ciencia política. Se puede decir que tiene razón en algo tan fundamental como que “es el ser social el que determina la consciencia y no al revés”. Pero el ser social de los científicos sociales latinoamericanos ha sufrido cambios tan complejos que la simple denuncia de inconsistencias individuales o cambios de posición oportunistas (siendo legítimos y necesarios) no constituyen una explicación del proceso ideológico.

La relación de los científicos sociales y la política en América latina fue compleja desde la llegada de las ciencias sociales a las universidades. Primero por el contenido ideológico que mencionamos antes (el desarrollismo y las teorías de la dependencia como paradigmas). Segundo por la expansión de las universidades que produjo un crecimiento extraordinario de los estudiantes y, muy pronto de los graduados en ciencias sociales que requerían de empleo. Hasta los golpes de estado de los años setenta, los gobiernos (con sus múltiples programas de desarrollo y reformas estructurales) y las universidades con su propia dinámica expansiva fueron capaces de absorber estos contingentes. La sustancia y base ideológica de ambos paradigmas era un desarrollismo nacionalista, antiimperialista en el segundo caso, que se oponía tenazmente a la instrumentación del conocimiento producido por los latinoamericanos por parte de los Estados Unidos para sus propios propósitos.⁷

Que la política de los Estados Unidos coincidiera con las fuerzas que pugnaban por poner fin a las dictaduras en los años ochentas no es fortuito y, muy probablemente fue un factor decisivo.

Que esos procesos de transición fueran modulados por los intereses de los Estados Unidos a través de su manejo de actores políticos y sociales es, en parte,

⁶ “El Posmarxismo rampante. Una crítica a los intelectuales y a las ONG.” Excelsior, México, 26 de noviembre de 1996, pp. 23 y 24 A.

⁷ El uso de las ciencias sociales con fines militares tiene antecedentes en los estados unidos desde la Segunda Guerra Mundial. En América Latina, a mediados de los años sesenta fue famoso el caso del “Plan Camelot”, un programa de investigación que buscaba evaluar el potencial de la sociedad chilena para un triunfo del socialismo, como parte de la política reactiva de Estados Unidos después de la revolución cubana. Un caso actual, con ribetes de escándalo, es la publicación de un manual de contrainsurgencia del Ejército y el Cuerpo de Marines de los estados Unidos por parte de la Chicago University Press. Esta vez se denuncia el uso de conocimiento antropológico sin mencionar fuentes, es decir piratería intelectual antropológica. Ver, sobre el Camelot, Johan Galtung, “La figura del devenir (autobiografía intelectual)” en *Investigaciones teóricas*, pp.455-456. Sobre el nuevo manual de contrainsurgencia ver la denuncia de David Price en CounterPunch, traducida al español pa Rebelión por Germán Leyens.

producto de la acción de científicos sociales involucrados como ideólogos, intelectuales orgánicos, asesores o, incluso como dirigentes políticos de nuevas fuerzas en el escenario de cada país. El caso chileno es paradigmático por su radicalidad. Las sucesivas crisis que sufrió el país mostraron con mayor claridad que en otros lugares de América Latina en qué consistían los cambios en curso.

Primero, para las ciencias sociales, el golpe de estado de Pinochet y, a continuación la aplicación de un programa de transformación económica de corte liberal radical significó literalmente una vuelta de la tortilla. La aparición de los llamados “Chicago boys” no fue súbita. Fue el primer triunfo de un liberalismo que desde el final de la Segunda Guerra Mundial se había atrincherado en las universidades al ser desplazado del sentido común social y del sentido común científico por las teorías estructuralistas, la raíz keynesiana en el mundo desarrollado y el desarrollismo cuyo eje era la industrialización en América Latina.

Si el desarrollismo cepalino y su crítica dependentista, más la ayuda involuntaria de las dictaduras de Brasil a partir de 1964 y de Argentina a partir de 1966, habían convertido a Santiago de Chile en un centro ideológico y de elaboración de teorías en ciencias sociales, tanto por la presencia de organismos y escuelas internacionales (CEPAL, ILPES, FLACSO, ESCOLATINA, etc.) la dictadura militar y sus ideólogos reemplazaron todas las contribuciones de las ciencias sociales por una versión radical del economicismo liberal, el monetarismo de Milton Friedman. Sus discípulos chilenos proclamaron el arribo y el triunfo de la “ciencia económica” (obviamente ellos mismos) en contra de las “ideologías” marxista y desarrollista.⁸

El sectarismo de estos economistas liberales es sólo comparable con el de los marxistas estructuralistas que en la década anterior definían ideología como falsa conciencia por oposición a la “ciencia”, de la cual, por supuesto, ellos tenían el monopolio. La diferencia está en que si para estos marxistas todo fenómeno social y político tenía una explicación económica “en última instancia”, para los economistas liberales el mercado y “homo economicus” son la única instancia.

Los politólogos latinoamericanos establecieron entonces la discusión alrededor del estado, como tema central, y desarrollaron como eje temático la relación entre estado y sociedad. Esta relación se fue haciendo cada vez más distante, hasta crear en la

⁸ Sobre los antecedentes de la ideología monetarista y su influencia en Chile ver *Economic Genocide in Chile. Monetarist Theory Versus Humanity. Two Open Letters to Arnold Harberger and Milton Friedman* by André Gonder Frank.

teoría la posibilidad de una democracia independiente de las cuestiones sociales, lo cual es el correlato en política del economicismo liberal. Un ideólogo que tiene las innegables virtudes de la inteligencia y la claridad, Fernando Henrique Cardoso lo exponía así a comienzos de los ochenta del siglo pasado:

“Es difícil-si no incorrecto- imaginar que sin la democratización sustantiva o social la democratización política es un engaño. Por cierto, cuando se plantea la cuestión del socialismo esto es cierto. Pero para el encauzamiento de esta cuestión (o simplemente para que la democratización social avance) a veces la “pura” democracia liberal (o, mejor aún, las libertades democráticas ejercidas de hecho, incluso cuando no son reconocidas por leyes todavía autoritarias) constituye no diría el prerrequisito (lo que sería falso, pues es posible imaginar otros caminos) pero sí una *condición favorable*.”⁹

La práctica demostró que Cardoso tenía razón en apuntar a la posibilidad de la democratización política sin democratización sustantiva. Él mismo apuntaba a continuación la necesidad de plantearse el problema del “control democrático del estado”. Sin embargo, ese control es algo que no existe en los regímenes de democracia procedimental realmente existentes en América latina.

Respecto de las características individuales de los científicos sociales y los políticos latinoamericanos, el mismo Cardoso hacía una reseña despiadada:

“No sin cierta nostalgia los científicos sociales de las diversas corrientes de pensamiento se refieren cada vez más, al fin de la época gloriosa y voluntarista en que los intelectuales disfrazados de políticos y los políticos con la vestidura de los intelectuales tenían la pretensión de explicar y prever.”¹⁰

Hoy se ve, cada vez más en el caso chileno, a los científicos sociales de la década de los ochenta como funcionarios y como políticos.¹¹ No es que Cardoso sea un profeta. Como hemos dicho antes, la relación entre los practicantes de las ciencias sociales y los políticos profesionales siempre existió. Lo que es nuevo en la situación actual es la intercambiabilidad de papeles mucho más importante y frecuente que lo que describía Cardoso, por un lado, y un voluntarismo aún mayor, sólo que la voluntad de

⁹ “Régimen político y cambio social. Algunas reflexiones a propósito del caso brasileño”, en Estado y política en América Latina. Edición preparada por Norbert Lechner, p. 290.

¹⁰ *Ibid.*, p.272.

¹¹ El caso de la FLACSO es notable. Al momento del golpe de estado, su Secretario General era Ricardo Lagos. Luego, en los años de la dictadura, en los que se convirtió en un centro de elaboración de ciencias sociales de influencia ideológica en toda América Latina, estuvieron entre sus miembros más destacados José Joaquín Brunner, José Miguel Insulsa, Ángel Flisfisch, Enrique Correa.

los científicos sociales no es hacer ninguna revolución sino mantener la política al margen de cualquier control democrático. Este es uno punto central de un examen de la calidad de la democracia. En los años ochenta, Manuel Antonio Carretón afirmaba enfáticamente que la democracia no tenía entre sus tareas solucionar problemas sociales. Sin embargo, hoy, los problemas de legitimidad de los gobiernos democráticamente electos tienen que ver con su capacidad y su voluntad de atender esos problemas.

5. Política y sociedad.

Se puede decir que otra parte de los científicos sociales latinoamericanos si bien participaron de las transformaciones en el enfoque de los problemas que separaba a las cuestiones del desarrollo de las cuestiones políticas, conservaron la inclinación por las transformaciones sociales y, por lo tanto, de la “democratización sustantiva” en palabras de Cardoso.

Las transformaciones de las economías latinoamericanas orientadas por la ideología que laxamente se denomina neo-liberal produjeron marginación, desempleo y pobreza a niveles nunca antes vistos en la región. Al mismo tiempo, las políticas públicas se orientaron a dismantelar los servicios sociales que el estado desarrollista había generado, como versión periférica del estado benefactor, y se promovió el desarrollo de servicios privados en salud (seguros médicos privados) y educación, (postergación de las universidades públicas y promoción de escuelas profesionales con orientación afín a la nueva ideología dominante). Por supuesto estas tendencias generales tienen características particulares en cada caso, pero son innegables e inocultables.

Los éxitos de estas transformaciones se pueden medir en la acumulación de fortunas personales que subrayan la desigualdad del continente, pero sus efectos perversos están a la vista de todos como “informalidad” y, con mayor complejidad, porque la relación no es ni simple ni directa, en mayores niveles de criminalidad y problemas de inseguridad. Las demandas de los perjudicados por estas transformaciones han encontrado vías de atención desde el aparato del estado a través de las políticas remediales de combate a la pobreza. Sin embargo, los beneficiarios de esas políticas no han sido constituidos corporativamente como sujetos sino que han sido mantenidos como “clientela” electoral, atomizados en su condición de individuos.

Este último dato es relevante porque muestra el otro componente de la ideología que orientó los procesos de democratización. El individualismo liberal no se limita a la

construcción de un “homo economicus” sino que atribuye al individuo la única racionalidad legítima. La cita que celebraba la democracia iberoamericana en Guadalajara en 1991 está incompleta en las primeras páginas de esta exposición. Lo que Felipe González, Presidente del Gobierno de España dijo fue:

“Nunca como hasta el presente, Iberoamérica ha sido tan democrática. Juntos hemos aprendido que es el mejor sistema para el desarrollo del individuo y, en consecuencia, de nuestros pueblos.”¹²

No se trata de un socialista resignado por las exigencias de la práctica y la necesidad de participar en un sistema político capitalista a hacer concesiones en el terreno de la política económica, sino de un liberal convencido, aunque sea un ex Secretario General del Partido Socialista Obrero español. Esto último apunta a un rasgo importante de la democratización en América Latina, la desaparición o reducción del papel de los partidos políticos.

Tanto en teoría como en la práctica los partidos políticos eran concebidos como un mecanismo de comunicación entre el estado, el sistema político y la sociedad. En algunos regímenes de gobierno los partidos políticos hasta tienen un papel formal en la práctica parlamentaria. En todos los sistemas tienen un papel fundamental, que puede llegar hasta el monopolio en la designación de candidatos para los cargos de elección y en la organización de las campañas. Lo que desapareció fue un conjunto de otras funciones que se atribuían a los partidos como organizaciones. Primero, su función ideológica en varios sentidos: como expresión de los intereses de sectores sociales, como instancias de agregación de ese tipo de intereses, lo cual implicaba que eran un mecanismo de participación social, como instrumento de educación política de un cuadro de militantes, una periferia de simpatizantes y una clientela electoral, cuya formación mantenimiento y circulación de individuos y agrupaciones corporativas daban sentido a una vida política social y organizativa. Pocos casos de desarrollo de todo este complejo institucional y de permanencia en su funcionamiento se hayan en América Latina. Pero donde lo hubiera, ha tendido a desaparecer.

Otros dos modelos organizativos para la conexión entre estado y sociedad eran los partidos corporativos y, más difundidos en América Latina, los movimientos que combinaban la corporativización de los sectores populares con la federación cupular de poderes fácticos bajo el liderazgo personalista de un caudillo.

¹² Guadalajara, México, 18 de julio de 1991.

Se puede decir que todos estos modelos existen hoy, pero su relevancia es variable y lo que tiende a predominar es una forma perversa derivada de algunos rasgos presentes en los modelos antes mencionados. No se supone que todos o alguno en particular fuera virtuoso. El cambio principal se refiere a que en la nueva situación, el modelo emergente no tiende a estimular la participación sino más bien todo lo contrario.

Hoy día subsisten partidos políticos creados en etapas anteriores de desarrollo que muestran distintos niveles de adaptación a las nuevas condiciones. Por una parte, los partidos se han visto reducidos a la tarea casi única de maquinaria electoral. Las diferencias ideológicas no llegan al cuestionamiento de las estructuras económicas impuestas en el período de las dictaduras, por lo que las ofertas programáticas en las campañas electorales sólo muy escasamente, y en términos genéricos, se refieren a las estructuras que generaron y reproducen las condiciones sociales y económicas imperantes hoy. Las propuestas de políticas redistributivas son inmediatamente descalificadas como “populistas”, un término que tiene una larga trayectoria en la ciencia política, que en algún momento tuvo un referente empírico característico de América Latina, pero que hoy es sólo un término peyorativo, cuyo significado compartido fue acuñado por los economistas neo-liberales.

La necesidad de cumplir con las exigencias de una democracia electoral ha reducido el papel de los partidos políticos y ha generado un nuevo tipo de personal. Los científicos sociales ya no pueden usar su prestigio intelectual como capital político más que ara acceder a puestos de designación como asesores y estrategas. La primera fila de las candidaturas tiene que pertenecer a demagogos profesionales capaces de obtener credibilidad y, en segundo lugar a figuras que resulten atractivas por prestigio ganado en otros ámbitos. Esto ha dado lugar a lo que algunos llaman la “farandulización” de la política, en la que las campañas electorales se han transformado en campañas de promoción del producto político, por lo cual las decisiones se ajustan a las encuestas de opinión que, normalmente sólo asocian a los candidatos con imágenes coyunturales.

Las movilizaciones de masas, componente obligado de toda campaña publicitaria, no son manifestaciones de organizaciones detrás de ideas o programas. Son “eventos” que coagulan masas instantáneas. La idea es producir el efecto psicológico de “masa” que lo mismo se genera alrededor de eventos deportivos, artísticos o políticos. No dejan secuelas organizativas ni comprometen a los participantes más allá del momento. Es la culminación de la reducción a una sociedad de “consumo”.

6. Recuento de las relaciones entre libertad e igualdad.

Los conflictos del mundo bipolar que existió en la segunda mitad del siglo XX hacían que las opciones políticas dentro de cada país se definieran por alguna combinación de aspiraciones que se presentaban si no como contradictorias, al menos, como difícilmente compatibles. Se puede decir que los países capitalistas que consolidaron sistemas democráticos después de la Segunda Guerra Mundial, se presentaron a sí mismos como una opción por la libertad, especialmente la libertad económica, aún a pesar de la desigualdad resultante. Para enfrentar este problema crearon los servicios sociales que, en algunos casos, produjeron sociedades estables y con niveles de vida que producían conformismo. Los países del socialismo realmente existente se presentaban como una opción por la igualdad, aún a costa de libertades individuales básicas, produciendo servicios sociales notables en algunos casos pero con limitaciones en el consumo privado que convertían la vida cotidiana en algo muy difícil.

En América Latina, el estado desarrollista logró algunos avances en la provisión de servicios sociales, pero el consumo estuvo restringido a algunos sectores sociales beneficiados por una distribución del ingreso cada día más desigual. El carácter democrático de la mayoría de los gobiernos en este período era cuestionable, pero, en general, a fines de la década de los cincuenta se produjo una eliminación de las dictaduras militares más tradicionales, de carácter oligárquico o sirvientes desembozados de los intereses de Estados Unidos. Entre estas fue eliminada la dictadura de Fulgencio Batista en Cuba y la evolución de la Revolución Cubana capturó la imaginación de toda una generación de estudiantes e intelectuales principalmente, pero también de campesinos y trabajadores de distintas categorías en América latina. Con la excepción de Costa Rica, no hay un país de América Latina que no haya tenido una experiencia guerrillera, adaptada a sus problemas y condiciones, pero con una inspiración en el ejemplo de Cuba y el Ché Guevara.

A pesar de que ninguna guerrilla inspirada en el ejemplo cubano triunfó hasta que 20 años después de Cuba los sandinistas tomaron el poder en Nicaragua, la presencia de Cuba en América latina reforzó las tendencias nacionalistas y desarrollistas de los gobiernos latinoamericanos, llevando a la región hasta una posición que parecía buscar, en su conjunto, mayores grados de independencia. A fines de los sesenta y comienzos de los setenta hasta había que contar con gobiernos militares (como el de Velasco Alvarado en Perú) proclives a un nacionalismo desarrollista. Este es el momento de mayor influencia de las teorías de la dependencia.

Entre 1973 y 1976 el panorama era completamente otro. La derrota política, militar e ideológica de las fuerzas progresistas en cualquier sentido fue el marco de la reconstrucción de las ciencias sociales latinoamericanas. La defensa de los derechos humanos, atropellados como nunca antes masivamente por las dictaduras militares de Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, y la permanencia de la dictadura paraguaya, generaron una atención creciente por parte de organizaciones de Europa y hasta de estados Unidos. En particular las fundaciones asociadas a los partidos políticos socialdemócratas de Europa y los gobiernos encabezados por ellos fueron fundamentales en la supervivencia de cuadros políticos e intelectuales de esos países. Programas de becas casi masivos produjeron una nueva generación de científicos sociales con postgrados en universidades europeas y de Estados Unidos, que animaron la discusión que transformó a la ciencia social latinoamericana en su conjunto.

La demanda de respeto a los derechos humanos y reemplazo de las dictaduras militares por gobiernos elegidos creció como demanda de la sociedad hasta poner en jaque a la dictadura chilena, que fue la última en ser reemplazada, en 1990. Las transiciones tuvieron las características a las que ya nos hemos referido más arriba y las nuevas democracias enfrentaron otras demandas que no tienen la articulación de los movimientos de los años sesenta y setenta para presentarse como alternativas. La nueva generación de jóvenes enfrenta condiciones de existencia que no promueven ni favorecen la solidaridad, sino al contrario, promueven el individualismo y la apatía respecto de la política. Los niveles de desigualdad no son definidos como una responsabilidad de las instituciones políticas, en la mayoría de las posiciones, sino como una responsabilidad de los individuos en desventaja, a los que habría que ayudar o habilitar.

Los cambios económicos han producido una sociedad (no sólo en la periferia) en que las condiciones de trabajo estimulan el individualismo al debilitar todos los lazos sociales, incluso los familiares, debido a que la inestabilidad, cuando no clara precariedad, del empleo obliga a migrar, a trabajar esporádicamente, etc. La libertad del mercado ha hecho a los individuos responsables solitarios de su situación. La prescindencia política, la búsqueda de soluciones individuales, que incluye el involucrarse en actividades ilegales que pueden ser hasta violentas, genera un cuadro de sociedades atemorizadas, segregadas por el miedo en las que el toque de queda impuesto por las dictaduras es ahora una reacción espontánea frente a la inseguridad personal, la ineficiencia de los aparatos de justicia y la franca corrupción de las policías.

Este cuadro, impulsado por las crisis económicas se ha generalizado hasta el punto que sería difícil encontrar una ciudad importante latinoamericana con niveles de seguridad aceptables. Es tentador pensar en “descomposición social”, “anomia” u otros conceptos cargados valorativamente para describir lo que pasa con nuestras sociedades.

Algunas de las tendencias que observamos no son particulares de América Latina o siquiera del mundo periférico y subdesarrollado. Sin embargo, hay que reconocer que las manifestaciones específicas de fenómenos que se pueden conceptualizar en niveles más generales requerirán de un estudio adecuado a nuestras condiciones.

Una propuesta conceptual que ido ganando terreno para examinar estos problemas y proponer soluciones es la que tiene como eje a la “cohesión social”. Es importante citar extensamente una definición de esta propuesta:

“A medida que las nuevas circunstancias pluralistas han ido descomponiendo la unidad de los sistemas de valores, han aparecido diversas reacciones posibles a las que pueden recurrir las sociedades y sus dirigentes políticos responsables para lograr la cohesión social. Sería inútil creer que una ‘estrategia de vuelta atrás’ podría ser una opción duradera en algún sentido. La solución al problema no se puede hallar en el restablecimiento de valores del pasado, perdidos según parece. En el crisol de las sociedades pluralistas resulta imposible forjar una unanimidad sobre posturas normativas sin dañar la esencia misma de su carácter pluralista. Pero una actitud de *laissez faire* frente a todas las posiciones normativas no sería tampoco una concepción adecuada capaz de fundamentar la cohesión social. El presente estudio busca, más bien, la solución en una tercera estrategia: una estrategia de contención, de aceptación de una diversidad de posturas normativas distintas en la sociedad, interesada, al mismo tiempo en esos mecanismos que ayudan a la coexistencia de tales posturas.¹³”

Nuestro diagnóstico es distinto. Lo que observamos no es el resultado de una pluralidad de sistemas valorativos originadora. Por el contrario observamos la pluralidad atomizada de respuestas a la imposición de un sistema normativo básico, el *laissez faire* económico.¹⁴ De lo que podemos estar seguros es que el término cohesión social ya hizo su fortuna entre las elites políticas. Desde Montevideo en 2006, la presidenta de Chile, Michelle Bachelet anunció que la cohesión social sería el tema de

¹³ Then, Volver: “Introducción”, en Berger, Meter L. (Editor), Los límites de la cohesión social. Conflicto y mediación en las sociedades pluralistas. Informe de la Fundación Bertelsmann al Club de Roma, p. 15.

¹⁴ Probablemente no es casual que el único país latinoamericano, entre once incluidos en el estudio citado anteriormente, sea Chile.

la XVII Cumbre Iberoamericana, que acaba de tener lugar en Santiago de Chile. No es para celebrar el que el logro de sistemas políticos con elecciones regulares y mayor respeto a los derechos de los individuos que las dictaduras que los precedieron, tenga como contrapartida los problemas sociales que acabamos de describir y sus consecuencias políticas.

Si hubiera que caracterizar a los sistemas políticos democráticos existentes hoy en América latina habría que decir que se han construido sobre la base de un blindaje que protege al gremio político, la corporación de políticos profesionales, o la elite política (el concepto más preciso es un problema pendiente) de las demandas de los sectores subordinados de la sociedad. No se trata de una separación entre estado y sociedad, porque bien que se comunican y funcionan armoniosamente los poderes fácticos de la economía y la política.

7. Los teóricos olvidados y los proscritos

¿Está desarmada la ciencia política frente a estos problemas? Obviamente no. En el párrafo anterior ya he anticipado una vía para la búsqueda de un conocimiento útil en esta circunstancia. El obstáculo a vencer es la doble maniobra que silencia a una forma de pensamiento, el olvido como resultado de la censura.

Debo anticipar que hay muchas razones por las que los teóricos a los que me voy a referir son cuestionables, todas razones que tienen que ver con las inclinaciones que en algún momento de su vida mostraron y que parecieron inaceptables a las conciencias de editores y científicos sociales. Sin embargo, el examinar sus propuestas teóricas implica buscar lo que en ellas hay de esclarecedor respecto de los sectores de la realidad que intentaron organizar lógicamente con sus conceptos. Sin duda el problema que enfrentan las democracias latinoamericanas hoy hace pertinente la consideración de estos autores.

Por las razones que sea no es fácil encontrar hoy ediciones en español de las obras principales de los autores que se proponen a continuación. En primer lugar, quien los agrupó alrededor del eje de la libertad fue James Burnham, en una obra que tituló “Los maquiavelistas. Defensores de la libertad.” En la edición más reciente en inglés tiene un segundo subtítulo “Una defensa de la verdad política en contra del pensar con los deseos” (wishful thinking). Lo que se anuncia es un examen de teóricos que asumieron como tarea de la ciencia política el develar los mecanismos de la

dominación. Por eso los denomina “maquiavelistas”, porque considera que la obra de Machiavello busca dar a conocer algo que es liberador:

“De todos modos, sean cuales fueren los deseos de la mayoría de los hombres, es seguro que el conocimiento de la verdad con respecto al comportamiento político lesionaría los intereses de los poderosos.”¹⁵

De aquí se desprende que el propósito de una ciencia política no es justificar el orden existente ni proponer programas para su reemplazo. Más simplemente es investigar la verdad del funcionamiento de aquellos mecanismos que producen y reproducen la división de toda sociedad, en función de la dominación, en dominantes y dominados.

Este propósito le lleva a agrupar a los teóricos, en general agrupados como “elitistas”, Gaetano Mosca, Robert Michels y Wilfredo Pareto añadiendo a Georges Sorel. La diferencia con Sorel es importante porque es el único disponible en español en más de una edición y, además reimpresso recientemente (en 2005). En general se acepta que la obra de Sorel pertenece al pensamiento socialista en tanto Pareto y Michels fueron celebrados de alguna manera por los fascistas, incluyendo a Mussolini.

Es importante dejar claro que no son estas las razones de que no se cuente con traducciones disponibles de estos autores porque otro pensador importante en política pero nazi orgánico, Carl Schmitt, es fácilmente accesible.

De la obra de Gaetano Mosca “La clase política”, sólo existe una selección hecha por Bobbio y publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1984. De la obra de Wilfredo Pareto también hay disponible selecciones. En este caso, con respecto a la relevancia de Pareto, hay que recordar que en la obra que fijó para muchos años el canon de la sociología, Talcott Parsons ubicó a Pareto junto a Durkheim y Weber como sociólogos fundamentales, junto al economista Marshall. Finalmente, el caso más claro de pensador incómodo es Michels y su “ley de hierro de las oligarquías”, formulada en su libro “Los partidos políticos”. En la introducción del autor a la edición en inglés de 1915 menciona las traducciones ya existentes al francés y al japonés. La traducción al español apareció en 1968.

Todo esto me parece importante para introducir la idea, no nueva, de que una ciencia política tendría por objeto el estudio de los mecanismos institucionalizados de la dominación, los partidos políticos, los sistemas electorales, los sistemas de gobierno y

¹⁵ Burnham, James: Los maquiavelistas, p.102.

institucionalizados todos ellos en su relación con los sectores sociales a los que dicen representar. Es claro que una ciencia política de este tipo no es la proveedora de un vocabulario que pudiera constituir una moda intelectual, que pudiera reunir a políticos y redactores de discursos o estrategias de campañas políticas.

Inmediatamente surge el problema del mercado de trabajo para científicos sociales críticos. Si no son útiles a la dominación debe haber algo en lo que se puedan ganar la vida. Sin ser cínico, creo que albergar a este tipo de pensamiento es una de las razones para la existencia de universidades públicas.

8. Las crisis actuales

Las características de las sociedades actuales resultan tan alarmantes como deben haber sido las de las sociedades que dieron origen a la sociología como disciplina académica. No es ocioso recordar que todo el pensamiento de Marx se forjó fuera de las instituciones universitarias, pero Durkheim y Weber fueron decididamente universitarios toda su vida. La lucha por la libertad de pensamiento es también la lucha por los espacios institucionalizados destinados a la investigación. Sobre todo cuando no se está ofreciendo obtener otro producto que no sea conocimiento teórico.

Los análisis que ofrecen los politólogos actualmente están amarrados muy fuertemente a las posiciones que se enfrentan en la política práctica. Una de las ocupaciones que debe tomar mas tiempo a algunos de los más distinguidos cuentistas políticos es preparar sus comentarios de actualidad para los distintos medios, radio televisión, periódicos. Esto tiene beneficios indudables para el auditorio más amplio al que pueden llegar con explicaciones importantes acerca de los hechos políticos más inmediatos. Sin embargo, hay un fino matiz que estropea la posible utilidad de estos análisis que llevan a algunos a autodefinirse como formadores de opinión. Sus posiciones son identificables con las de los actores políticos cuyas acciones están comentando. Por un lado los que se identifican con el poder no lo ocultan y los que se identifican con la oposición tampoco. Cuando objetan o critican a algún actor o alguna acción particular, le dicen al actor en cuestión lo que **debe** hacer. Aquí, en mi opinión, se abandonó toda pretensión de conocimiento objetivo y se entró en el terreno de la ideología dominante porque todas las formulaciones normativas presuponen un fin que los analistas están adjudicando al actor y, a continuación, recomendándole los medios apropiados. Como público, esto me resulta muy poco convincente porque no es difícil

mostrar que si un actor siguiera los consejos de algún comentarista, de su bando o del contrario, estaría arruinado a muy poco andar.

Creo que los análisis de acontecimientos inmediatos y, en algunos casos los de coyuntura, están demasiado cerca de las situaciones que empujan al observador a tomar posición sin poder cambiar los términos del campo que está observando. Esto quiere decir que si los análisis se restringen a las estructuras dadas, no hay la posibilidad de juzgar la situación fuera de los fines y medios que una correlación de fuerzas dada le asigna como posibles y legítimos a cada actor político. Buscar el análisis de los mecanismos que están produciendo el marco en que se desenvuelve la lucha política implica tomar una distancia que podríamos llamar epistemológica y cuestionar los mismos conceptos y teorías que producen el lenguaje en que se expresan los actores. Buscar el lenguaje que expresa las determinaciones a que están sujetos, sin consideraciones de urbanidad para con los actores o de posibilidad de venderles ideas o programas o estrategias.

Si hay algo en crisis hoy es justamente una ciencia política que no puede ni explicar lo que pasa sin hacer juicios morales acerca de los actores individuales o colectivos ni proporcionar un marco en el que se pueda encontrar sentido a la acción de esos mismos actores. Es verdad que los cambios ocurridos en las décadas recientes hacen dudar del instrumental teórico con que se analizaban los procesos políticos, pero la existencia del sistema actual no reduce el campo del conocimiento de lo político a las cuestiones técnicas de funcionamiento de una democracia electoral.

Por una parte, existe la insatisfacción de la sociedad con lo logrado a través del funcionamiento de los sistemas democráticos. Esto constituye una preocupación para los políticos, funcionarios e intelectuales orgánicos del sistema. Sin embargo, la forma en que se ataca el problema revela las limitaciones del punto de vista desde el que se lo observa. Un cuadro revelador del informe del PNUD sobre la democracia en América Latina intenta definir “problemas a enfrentar para fortalecer la democracia”, definidos y priorizados por una muestra seleccionada de líderes latinoamericanos. La primera prioridad la tiene la reforma política. Esto sería así si las constituciones estuvieran obsoletas muy claramente. Sin embargo, de 21 países latinoamericanos, 15 tienen hoy constituciones aprobadas después de 1980. La segunda prioridad la tienen los problemas

“institucionales, partidarias”, las últimas prioridades las tienen “combatir la corrupción” (penúltima) y “políticas sociales” (última).¹⁶

Esto implica varias cosas, pero quizás la más importante es que los líderes ven como problema técnico, de legislación, la conformación de un marco institucional que establezca y legitime el funcionamiento de un sistema democrático. América latina ha intentado esa solución falsa demasiadas veces. En 21 países, que incluyen España, Portugal y sus ex colonias en América, se contaban (en 1985) más de 200 constituciones en 170 años. En mi referencia anterior encuentro 11 constituciones posteriores a la publicación citada en último lugar.¹⁷

Sí hay un problema real detrás de estas preocupaciones de las elites políticas, burocráticas e intelectuales. Hay una percepción de inestabilidad y vulnerabilidad de los regímenes democráticos. Sin embargo, la solución creen tenerla ellos mismos y el conocimiento que manejan. La idea de que algunos sectores de la sociedad no pueden estar conformes porque sus intereses son vulnerados sistemáticamente está fuera de su horizonte. Si algunos están dispuestos a aceptarlo, lo aceptará como una fatalidad dictada por una economía cuya estructura no se puede alterar o porque hay “poderes fácticos”, léase los beneficiarios de esa misma estructura económica, que hacen imposible siquiera plantear la posibilidad de un cambio.

El plantearse la investigación de las relaciones entre esos poderes fácticos y el poder político institucional lleva a dos tipos de campos: por un lado las determinaciones del sistema político que colocan a los políticos a merced de los poderes económicos (por ejemplo el financiamiento de campañas electorales) y, otro más oculto, la asociación de los personeros del poder político con el poder económico. Es esta relación de la política con la sociedad la que genera la inestabilidad porque siembra la semilla de la ilegitimidad.

Si la estructura de la economía produce acumulaciones de riqueza en un polo y creciente pobreza y exclusión en otro, y en medio existe una clase de políticos, funcionarios, intelectuales, administradores de todo tipo, cuyo trabajo es organizar mantener y reproducir todas las estructuras montadas sobre la economía, el problema del legislador es regular con el propósito de estabilizar y legitimar el funcionamiento de esas estructuras. Si examinamos los procesos en curso de competencia por el poder político y el funcionamiento cotidiano de las instituciones políticas desde una

¹⁶ PNUD, op. cit., p.171

¹⁷ Bravo Lira, Bernardino: De Portales a Pinochet: gobierno y régimen de gobierno en Chile, p. 11.

perspectiva como esta, obviamente nos faltará información para completar la explicación de cada acción. Pero algunos falsos problemas desaparecerán o perderán su misterio. Claro que habrá menos anécdotas y menos disquisiciones acerca de imágenes políticas y mercadeo electoral.

9. Conclusión.

Hay, sin duda, una posibilidad de investigación en ciencia política que puede resultar iluminadora, para el personal político y para los miembros de todas las clases que no son detentadoras de poder político o económico. Para la ciencia política el problema principal está en separarse de la ideología dominante. Esto no significa que hay una ciencia independiente de toda ideología (o peor aún, una ciencia que se opone a la ideología). De lo que se trata es de zafarse de una determinación particular que se establece en el campo del conocimiento a partir de la imposición de una cierta ideología: la distinción entre lo político y lo técnico. Esta distinción, una vez establecida, permite escamotear del escrutinio público algunos hechos y algunas relaciones. El lenguaje coloquial designa a esto como acuerdos en “lo oscuro”, poniendo el acento en lo inmoral del hecho. Sin embargo, cuando se descubre que no hay nada ilegal en el hecho, por cuestionable que parezca, la discusión se traslada al campo de la legitimidad, que es donde reside el precario consenso que mantiene unida a la sociedad y a las instituciones políticas.

Bibliografía citada.

Berger, Peter L.: Los límites de la cohesión social. Conflicto y mediación en las sociedades pluralistas. Informe de la Fundación Bertelsmann al Club de Roma. Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 1999.

Bravo Lira, Bernardino: De Portales a Pinochet: Gobierno y régimen de gobierno en Chile. Santiago, Editorial Jurídica de Chile – Editorial Andrés Bello, 1985.

Burnham, James: Los maquiavelistas. Defensores de la libertad. Buenos Aires, EMECÉ Editores S.A., 1945.

Frank, André Gonder: Economic Genocide in Chile. Monetarist Theory Versus Humanity. Nottingham, Spokesman Books, 1976.

Galtung, Johan: Investigaciones teóricas. Madrid, Sociedad y cultura contemporáneas. Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert” – Editorial Tecnos, 1995.

Lechner, Norbert (Editor): Estado y política en América Latina. México, Siglo XXI editores, 1981.

Michels, Robert: Political Parties. Nueva York, Dover Publications, 1959.

Mosca, Gaetano: La clase política. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

O’Donnell, Guillermo, Phillippe C. Schmitter y Lawrence Whitehead (Compiladores): Transiciones desde un gobierno autoritario. Buenos Aires, Paidós, 1988 (cuatro volúmenes).

Parsons, Talcott: The Structure of Social Action. Nueva York, The Free Press, 1968, (dos volúmenes).

PNUD: La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Impreso en Guatemala, Editorial Alfaguara, 2004.